

Los pescadores sinaloenses

DÁMASO MURÚA

Entre los primeros y mejores ciudadanos de la humanidad, los hombres de mar junto con los mineros, agricultores, ganaderos y en un tiempo dado, los cazadores, han escrito páginas históricas mucho más importantes que las de comerciantes, agiotistas, banqueros, financieros, máistros o choferes de computadoras y por supuesto que todos los explotadores del sector industrial.

Sin embargo, en Sinaloa toda, y desde los tiempos de los conquistadores españoles, los hombres de mar han sido relegados al cabús del tren del desprecio, ignorancia y desamparo. Ahora, disponen de un sistema de financiamiento caduco, desbolsado, con antigüedad de más de dos siglos. Mientras, en el altiplano desde el bunker de Los Pinos, ni siquiera disponen de un catalejo de alto alcance, para conocer los casi 11,000 kilómetros de litorales de que dispone nuestra República.

He aquí una simple gota de agua sobre el océano de problemas que sufren los pescadores sinaloenses. Conozco otros casos de otras regiones húmedas del país. Pero mejor olvidar para poder seguir viviendo en estas maravillosas regiones inolvidables.

Estupefacto y apopléjico, el viejo vio subir a la popa del Cihuatlán a Mario, increíble sobreviviente de una lluvia de balazos disparados por la pistola 22 que rega-

ló a Julia, para que se cuidara cuando tuviera que salir al mar gastando tractolina a buscar el camarón, los roncachos y el cazón.

Los doctores, sin revisión previa, lo habían dado por muerto. Mas la suerte (quizá todas las gitanas del mundo en conciliábulo protector) lo devolvió al muelle, casi nuevecito. Nomás con una pequeña bala en el hígado alojada, que en el tiempo esperan se salga sola, paso a paso, sin hacer daño. Las otras balas –seis inofensivas–, salieron huyendo de su cuerpo, librándolo de la muerte, abriéndole pequeños hoyuelos rojizos, en los brazos cerca del hombro; perforando un muslo sin tocar el fémur izquierdo; cerquita de la yugular; otra, rozando la piel.

El Güero Mario, así capeó la venganza de la Julia, la amante querida por tanto tiempo que había retornado al burdel por pura pasión enajenada, por egoísmo estúpido, por complejo encubierto en el inconsciente, arrojados al viento aquella tarde que él no había llegado a casa primero, y pasó todo un día sin hacerlo porque atando cabos el barco en el muelle, el hijo grande fue a avisarle que el hijo más chico, Mario también llamado, estaba malo allá con su madre, la otra mujer, la esposa. La que soportaba sus amores con la Julia porque sabía que existía algo lastimoso en su interior que le evitaba abandonarla, a pesar de que tanto se lo había pedido no por ella, sino por los dos amores de aquel patrón del barco viejo, casi hundiéndose, con el casco de fierro enmohecido, el nombre despintado, casi queriéndose borrar, avergonzado.

–Está vivo– dijo para sí, Juan, el jefe de la flota pesquera, que había sabido del pleito en todos sus pormenores, porque sucedió en el burdel que está cercano a su casa, cerro arriba, casi chocando con lo azul del claro



Luis Argudín

cielo de Topolobampo. Juan se preguntaba cómo se había salvado de los tiros. “Ha de haber quedado como pichancha, bien agujerado, el fregado”.

Por lo demás, convenía que Mario volviera a manejar el barco Cihuatlán, pues la cooperativa había decidido dárselo a Thompson, un barbón rejego que anda en el puerto, muy discutidor, bueno para meterse en líos, que siempre camina con la ley en la mano recordándoles a los directivos que nunca cumplen con la sociedad, que se roban el dinero. Tendrán que seguir discutiendo con el barbón.

Mario, sin duda, era un hombre que sabía mandar a la gente del Cihuatlán, formada por mayos y yaquis, de Bacorehuis. Marineros alebrestados y borrachos por el puro olor del vino. El barbón Thompson a lo único que vendría sería a alborotar el cardumen.

–Llévalo a echarle disel, Mario, tiene muy poco.

–Gracias, Juan, gracias.

Encendió el viejo motor, recién encamisado, de gastadas propelas. Movi6 el tim6n y enfil6 rumbo al muelle, por los alaminados tanques grandes de Pemex, buscando abastecerse del combustible. Todavía traían en la punta de la nariz el olor del hospital y no se le habían borrado las negras cejas de la enfermera: “qué calor de esa vieja, qué noche pasamos en el hospital...” (Traía siete parches en el cuerpo, manchados de mercurocromo, ya casi cicatrizando las heridas recibidas, causadas por la ira de la Julia).

Acariciando con su mirada el irregular horizonte rojo de la tarde, sombreado por los azules cerros, fue recordando ese tupido mundo en que se había metido por pura compasión, lástima y lujuria, todo amalgamado con un pasado doloroso. Él no entendía ni sabía por qué de pronto todas las putas adquirirían una imagen de conmiseración a sus ojos. Y siempre daba su dinero para mitigar el hambre ilimitada de ellas. Todas las prostitutas de Topolobampo sabían que no sólo en él podían hacer mella con su imagen de mujeres derrotadas. Entre

los pescadores de aquel puerto, la irresponsabilidad del jefe de familia es terriblemente infantil y alcanza proporciones de bestialidad que traumatizan toda la vida de los hombres, cuando son adultos. Es un círculo vicioso que cíclicamente aparece, retorna, sin dar descanso.

Las mujeres, simples instrumentos de placer y de cocina, sufren las consecuencias y en realidad son las que también vienen a soportar todos los errores de la conducta de estos hombres de mar, jerarquizados en la sociedad contemporánea como de baja clase.

La playa, el mar todo, a pesar de lo dicho, resarcen, compensan en parte este sufrimiento. Las inteligencias en la orilla de esos litorales permanecen en estados de pureza, límpidas con la original imagen de la niñez: tosa la psicología congénita en estado latente, de caracteres radiográficos. De ahí su formidable facilidad para diagnosticar el carácter de las gentes que tratan. Con los funcionarios públicos esos pescadores nunca fallan. Es un tal de tal, dicen, y jamás se equivocan. Rara vez llegan a esos rumbos la mirada franca, la verdad en la voz y en los hechos.

La pesca tiene un mundo extrovertido, apasionante. Enajena en muchas ocasiones. Mario había visto tantas veces cómo sus compañeros, ya de adultos, golpeaban a sus mujeres. En él había reticencia, de viejas raíces, para hacerlo. Pero se desbocaba poseyendo vaginas sin ton ni término. Había una nerviosidad enfermiza al ir con mujeres, al pagarles, al verlas contentas cuando se acostaban con él. Casi todas vibraban en sus brazos. Lo apreciaban más que a los demás, porque en él imaginaban una prolongación del hombre que habían amado de buena fe a edad púber, cuando apenas su monte de Venus empezaba a poblarse, cuando sus pezones color de rosa habían sido tocados en la oscuridad del cinematógrafo. Mario tenía el aspecto de hombre por el que sienten afecto maternal las mujeres; ése era el secreto de su éxito.

Mario no había deseado ni podido golpear nunca a la esposa, que se llamaba Rosenda. A la Julia, tampoco. En las escenas de sus amigos, caracoleaba, retrotraía el

tiempo y se acordaba de su padre, brutal, demoníacamente insultante, dolorosamente frustrado en la atarriya, canaleta en mano, a bordo de aquella pequeña canoa de motor fuera de borda. Las escenas de entonces parecían haber sucedido ayer. Nunca se iban de su conciencia. Representaban un recuerdo vivo, lacerante. Por eso, tendían a proteger a cualquier mujer desgraciada, que tanto abundan en el macho mundo de los mexicanos, en el enano mundo espiritual de este país, enloquecido por las normas católicas más aberrantes que hasta aquellos azules oleajes, párrocos equivocados hicieron desembarcar con toda su miopía y epilepsia.

“No tenía razón de irse de la casa. Le puse hasta refrigerador, para que no volviera al burdel. Cierto, siempre llegaba con ella antes que a mi otra casa. Pero Raúl vino a la orilla de la popa a decirme que Mario, el chiquito, estaba muy enfermo de sarampión y bronquitis. No pude ir esa tarde primero con la Julia. Vieja celosa, desgraciada...”

El culto a la palabra, a la verdad, en el mar es un hecho de todos los días. La voz, a veces, salva la vida de todos. A través de la radio, gritada con potentes pulmones a lo largo del Golfo de California, rogando que se guarezcan rápido del ciclón, de los vientos que a tantos pescadores han enterrado. Entre ellos, hablarse significa decirse la verdad, hacer un culto de la verdad. ¿Quién no quiere formar parte del rito, encarcelado en una nave de menos de veinte metros de eslora, que trabajan dieciséis horas diarias y a veces hasta veinte? Siete hombres a bordo que comparten sus vidas. Abiertos en canal anímicamente entre sí, como si fueran vísceras o fauces de tiburón. En aquellos remansos que tiene el golfo, ¿qué hacer?, ¿cómo matar ese tiempo demoníaco, terrible, enloquecedor? Mediante la palabra, la inteligencia, la imaginación, la fábula, la historia, la mitomanía, algo se ayudan. Cárceles flotantes en las que muchos han muerto regresando enhielados a puerto junto con el camarón, destripados al enrollarse accidentalmente con huinche,



Ángel Mauro

ahogados por no saber nadar, en trifulcas a bordo porque la marihuana no fue escondida a tiempo, porque los anzuelos gruesos para la cornuda se les metieron en el vientre, en los brazos, les perforaron las palmas de las manos. ¿Y la desesperación sexual? Por más evasiones, termina en la masturbación o en las nalgas del cocinero, siempre que le guste. Algunos tienen que mantener silencio pétreo por la impotencia sufrida, que casi siempre sucede gracias al abuso temprano de la cama y de las prostis, en ese mundo quimérico ingenuo y brutalmente sexual, en proceso de integración, escupido por la sociedad que no cesa de presumir de sus mejores estructuras de la sociedad en que viven marginados, que están enfrente. El banquero no es mejor que ellos: degenerado en el sexo, asaltante autorizado, frankenstein tras el escritorio. Pero llamado señor y ellos hijos de la tal por cual.

Los dirigentes reflejan la realidad de sus cooperativas. La indisciplina es su principal cualidad. Pero, ¿es que alguien puede tener disciplina, método, viviendo en el mar, cuando éste se modifica constantemente, presenta riesgos a la vida, huir a los peces por donde se le

antoja, enloquece las mentes de los hombres y es bello como el desnudo cuerpo de una mujer cubana...? Nadie puede escribir para justificar ese mundo, pero si para comprenderlo. Quizá, en esa comprensión, para querer hacerlo mejor. El universo en el que vivía Mario era así de explosivo, mucho antes de los balazos de la Julia. Para qué asombrarse. Así rueda el tiovivo en esos lugares, con un poliedro de máscaras de la vida y de matices eternos.

“Fui a verla en la tarde, para explicarle, nomás que al otro día. Ya se había ido. Yo no sabía adónde. Hasta que me dijeron los de la casa de enfrente, porque se los pregunté. No quise ir al burdel, luego luego. Traían malas las bombas de achique del Cihuatlán y seguramente en dos o tres días se las repararían. La encontré platicando con El Guayabo, muy mi amigo, muy hijo de su madre. Se quería acostar con ella, seguro. Se asustó mucho cuando me vio. Y yo me hice como si fuera invisible. Llamé a la María, una vieja muy garra, pero muy amiga de todos nosotros, y me bebí unas cervezas junto con ella, sabiendo que la mirada de coyote que tiene la Julia cuando se enoja, no se me despegaba de la nuca. Y

no se aguantó. Vino a la mesa donde me bebía las cervezas. Estaba limpiándome el sudor del calor que hacía, cuando me dijo que no me metiera con la María, que me iba a pesar. Le dije muchas palabrotas y le reclamé que por qué se había venido de la casa, otra vez de puta, otra vez a no ser nada, que yo le había dado el lugar que tenía en el puerto, que tenía hombre nomás por mí. Agachó la cabeza y se fue. Pero me siguió viendo muy fuerte, en la nuca seguí sintiendo su mirada caliente. Me sentí muy bravo, joven, listo para usar el catre, allá por la octava cerveza. Y convidé a la María pa su cuarto. Me siguió hasta allá la Julia y me dijo que no me metiera que me iba a disparar con la pistola que le había dado a guardar, que no me metiera, por el amor de Dios. Me sentí más macho. Y me acosté con la María. Abriendo la puerta del cuarto para salir, nomás vi la punta de la pistola y la vomitadora de balas. Desperté en el hospital, bañado de sangre, con un telebrejo a la mitad de suero conectado a la vena del brazo derecho. Me sacaron de la tumba los muerteros del hospital. Pero después me refocilé con la enfermera...”

Recordó, otra vez, cuando golpearon a una mujer en otro burdel, el enésimo, en el puerto de Campeche. A la mujer la arrastró de los cabellos un cinturita metido a castigador gratuito. La sangre lo cegó instantáneamente y abofeteó primero, pateó después, con arrebatos histéricos al hombre, todo para que más tarde la mujer le reclamara diciéndole que qué se andaba metiendo en su vida, que si su viejo le pegaba, ella tenía cuero para soportarlo, que no fuera metiche.

Pero toda esa noche no durmió. Los sueños se volvieron pesadillas. El mar aparecía y tomaba todas sus figuras: apacible primero, violento más tarde, en torbellinos de viento. Luego se fueron los nubarrones y soñó con marejadas suaves como las de las tardes de Puerto Peñasco cuando todos los barcos al alejarse el mar, dos-tres kilómetros, quedan empotrados, porque los pescadores previsoires han construido estacas alrededor del

casco. La escena del rescate de los hinchados cadáveres de sus compañeros del Mapahui (su barco anterior hundido bajo un ciclón que no le tocó, pues en pesadillas esa noche, esa noche angustiada que finalizó con la imagen nítida de miles de tortugas alzadas de las aletas inferiores, amarradas boca abajo para ser apaleadas y degolladas por Toñón, el destazador de peces más famoso de Topolobampo. Había una similitud inolvidable entre las lágrimas de esas tortugas y el de la prostituta apaleada. Despertó sollozando, llorando fuerte, sin saber conscientemente por qué.

Después de cargar disel, revisar máquinas y huinches, bombas de achique y de gasolina, se fue a Los Mochis a terminar lo del juzgado adonde ajusticiarían a la Julia por las lesiones cometidas. Al verla de nuevo, la pierna cruzada, sentada con su formidable aplomo, la falda blanca marcando la turgencia de sus fenomenales nalgas morenas y sus pechos erectos queriendo romper el portabusto, se rajó todito. Dijo que había sido un accidente. Se limitó a pasarle su feria al juez para que se olvidara de los balazos fallidos. El licenciado le aprobó el gusto en silencio y cerró el expediente con indudable complacencia.

Hay un viento en la mañana y el cielo claro azul que rasgan las gaviotas y rabihorcados, dan paso al Cihuatlán, de viejo chacachaca, con deshonesto humareda, la popa desvencijada, el irse triste: como de galope de vaca, sobre el oleaje terso de la Bahía de Ohuira. Hechas las paces con Julia, tras una tormentosa noche que dejó profundas ojeras moradas en ambos, ella volvió a la casa de refrigerador. Mario hacía proa a uno más de todos los días de aquel golfo y océano léperos, para ganarse el pan a golpes de red, de anzuelos, de huinchazos, antes de que cumpla su última singladura. ■